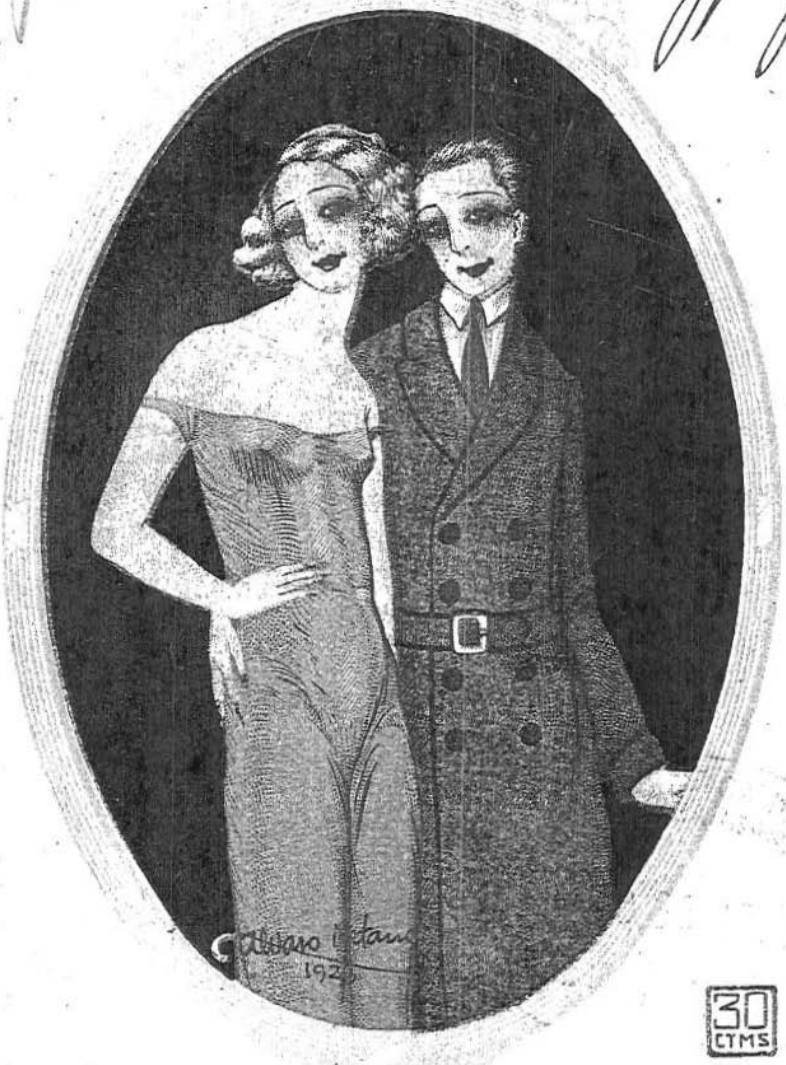
PQ
6257
N67
f2

La novela de Hoy



30 CTMS

MI NOVIA y MI NOVIO

POR

Alvaro Retana

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: Mendizábal, 42.:-:Teléfono 24-53 J.:-:Apartado 473.

Año II | Madrid. 28 Septiembre 1923 | Núm. 72

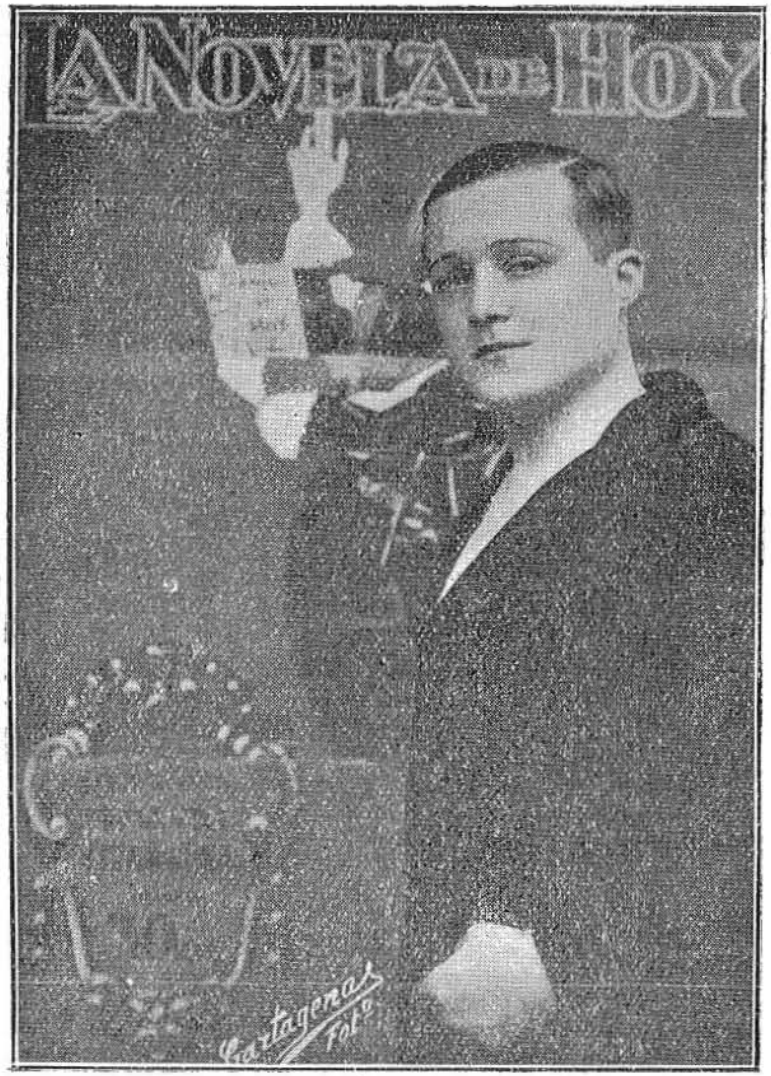
Mi novia y mi novio

NOVELA POR

ALVARO RETANA

Ilustraciones del mismo.

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1923



A MANERA DE PROLOGO

¡Se ruega al público...!

Son las seis de la tarde. La hora del té.

Al cruzar la Gran Vía, en uno de los grandes ventanales de la pastelería Molinero veo a Alvaro Retana, que merienda en la elegante compañía de cuatro jóvenes bellísimas, de porte aristocrático, y tres gomosos de apariencia no menos honorable y distinguida, y la consabida carabina.

Me acerco al grupo, deseoso de contemplar detenidamente a las cuatro beldades femeninas que rodean al novelista galante, y éste, después de presentarme a todos los presentes—personas bien, pertenecientes a conocidas familias madrileñas—, me invita a que les acompañe en la merienda.

—No—contesto—; pasaba casualmente por aquí, y, al verle a usted, me he acercado para advertirle que mañana iré a hacerle una interviú para que sirva de prólogo a su próxima novela.

—No se moleste usted—indica Retana—; por esta vez suprimiremos el prólogo.

—¿Por qué razón?

—Porque siendo MI NOVIA Y MI NOVIO *una novela autobiográfica, sería hablar demasiado de mí. Ahora*

bien, el espacio de esas cinco o seis páginas que la revista me dedica invariablemente antes del texto, vamos a consagrarlo a hacer al público, mejor dicho, a mis admiradores, determinados ruegos.

—Usted dirá.

—Primeramente suplique usted en mi nombre a todas esas numerosas personas que a diario me piden retratos, autógrafos o simplemente me consultan, tengan la bondad de remitirme el sello para la contestación, pues es muy triste que yo me tenga que gastar un duro diario en franquear una correspondencia que sólo tiene interés para mis comunicantes.

—Se hará el ruego.

—Advierta usted a todos los incalculables cultivadores del cuplé que existen en España, que yo he abandonado definitivamente el género frívolo y no pucdo, por tanto, perder mi precioso tiempo en musicar cantables ni en hacerlos para las melodías que me envían. Y añada que, aunque en la próxima temporada teatral pienso estrenar diversas operetas y comedias, rechazo de antemano las proposiciones de colaboración que lloverán sobre mí, si el público tiene la bondad de aplaudirme.

—No se me olvidará.

—Es preciso que insista usted sobre este punto, pues yo tengo preparadas las siguientes producciones, con las cuales aspiro a conquistar el aplauso del respetable público: El testamento de Giafar, *opereta en un acto, para la cual he compuesto libro, música, figurincs y decorado;* Mariposas, *comedia en tres actos, en colaboración con Jacinto Capella;* La señorita que perdió el sereno, *opereta en tres actos, libro de Avecilla y Micó, a la cual he puesto música en colaboración con Agustín Bódalo;* La barca vacía, *drama en cinco actos, que me ha admitido Sassone para su estreno en el Cómico, y la adaptación musical de* La modista de mi mujer, *de Asensio Más. También ten-*

go otra opereta en colaboración con García Alvarez y el maestro Amalio, y he de musicar un libro de Virgilio de la Pascua y José Mayral, y otro de Nicolás de Salas, delicioso humorista al cual vaticino un éxito brillante.

—También se hará el ruego.

—Encargue usted a los jóvenes de uno y otro sexo que espontáneamente y con diferentes pretextos se presentan en Manuel Silvela, 10, a conocerme personalmente, que tengan al menos la consideración de anunciarme su visita, pues si para mí es un placer atender a todo el mundo y complacer a todos en sus razonables peticiones, me fastidian las visitas a horas intempestivas.

—A otra cosa.

—Diga usted que no me pidan libros, porque la editorial Hispania sólo me entrega de cada uno de cuantos edita un corto número de ejemplares, que yo reservo para los señores críticos. Y que tampoco me escriban solicitando donativos en metálico, invocando mi generosidad, porque yo, desgraciadamente, no gano todavía lo necesario para poder sacar de apuros a mis admiradores. El novelista más guapo del mundo no atesora más riquezas que las puramente físicas, y ésas, por ahora, no me producen una renta con que atender a las necesidades ajenas.

—Venga otro ruego.

—Advierta usted a todos esos escritores y dibujantes noveles que me remiten trabajos rogándome que yo interponga mi influencia para que les sean publicados en Nuevo Mundo, La Esfera, Flirt, La Novela corta, La Novela de Hoy, La Novela semanal, La Novela de amor, Blanco y Negro, *etc., que yo en esas publicaciones no tengo influencia ninguna, ni sus directores quieren nada conmigo. Lo único que yo hago es dirigir literariamente, desde Madrid,* La Unión Ilustrada, *de Málaga, donde procuro publicar los tra-*

bajos discretos y los retratos de los artistas jóvenes, a los cuales me es grato prestar la ayuda que a mí no me prestaron los que estaban consagrados cuando yo era novel.

—¿Queda alguno más?

—Sí; el final: que no me hagan declaraciones amorosas más que verbalmente, pues estoy ya harto de ver que a lo mejor, después de un idilio epistolar de varias semanas, a la hora de la verdad se me presenta un feto y pretende arrojarse en mis brazos con la elasticidad de un baúl mundo.

—¿Ha terminado usted?

—Ya he terminado.

—Entonces, hasta la próxima.

—Publique usted intercalados en el texto unos retratos míos que me ha hecho Cartajena en Montera, 40, y que le enviaré mañana, y anuncie usted al público que mi próxima producción llevará por título El veneno de la aventura, *y en ella hará su debut como dibujante José Guillén, un joven y notable artista de Villena, al cual ni siquiera conozco personalmente, pero a quien deseo proteger.*

Yo me despido de Retana y su tertulia, y, efectivamente..., como él deseaba, esta novela suya carece de prólogo.

Antonio Prieto

ESTUDIO GRAFOLOGICO

DE ALVARO RETANA

hecho por el eminente profesor I. Weisstout, cuyos magníficos trabajos ha popularizado el diario «A. B. C.»

Agilidad mental, muchas veces superior a los medios de interpretación normales.

Un concepto de la estética muy personal, rebelde a toda norma, pero con equilibrio espontáneo, como supieron encontrarlo los clásicos griegos.

Temperamento audaz y ecléctico; agresivo contra lo que se opone a su expansión.

Sentidos muy agudos; sería el espectador *imaginado por Marinetti para sus sinfonías de perfumes y de colores. Sensibilidad extrema del tacto en toda la piel e hipersensibilidad en los dedos, hasta convertirlos en antenas de sensaciones perceptibles para muy pocos.*

Sensualismo cerebral.

Infantilismo muy pronunciado: hasta cuando trabaja, juega; mucho amor al trabajo.

Una gran ternura. Un compás en el crepúsculo puede hacerle llorar.

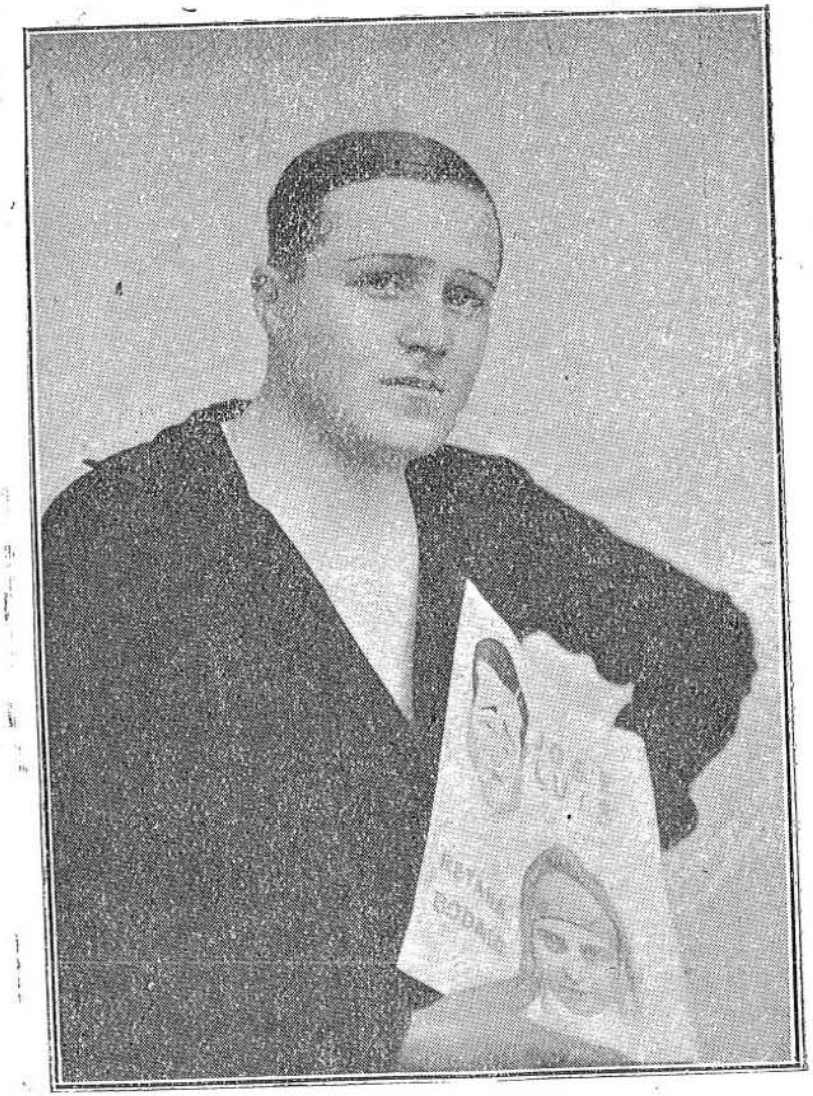
Su escepticismo no es sino una ligera capa del fondo sentimental.

Caprichoso y pronto al entusiasmo. Voluntarioso, pero sin tenacidad.

Vehemente, impaciente.

Simpático, cordial y fácil a la camaradería.

I. WEISSTOUT





Mi novia y mi novio

DEDICATORIA

A los pobres de espíritu, a los necios y a los hipócritas; a los puros, a los ecuánimes y a los que saben comprender.

EL AUTOR

I

Al partir el expreso de Barcelona, en aquella tarde de mayo, luminosa y cordial, permanecí meditabundo en el pasillo, acariciando con los ojos el verdor de los campos y aspirando golosamente las fragancias de un aire que alborotaba mis cabellos. Me había recostado sobre el marco de una ventana abierta, y sentíame dominado por una gran melancolía, sin que lograsen ahuyentarla ni el optimismo azul del cielo, ni la alegría esmeraldina del camino, ni siquiera el ruido del tren, que, después de cruzar esa barriada de juguete que constituye el puente de Vallecas, se acercaba a este pueblecito humilde y gris.

Marchaba a Barcelona a firmar un contrato editorial, que artistas más ilustres me hubieran envidia-

do, y a dirigir los últimos ensayos y el estreno de una revista mía en cierto "music-hall"; mas, sin embargo, los motivos de mi viaje, que debían servirme de contento, puesto que habían de traducirse en positivos resultados espirituales y económicos, no despertaban en mi ánimo el menor regocijo.

Porque insensiblemente había vuelto a importunarme la obsesión que me asalta cuando consigo un éxito.

Siempre que la Casualidad, mi trabajo o la gran bondad del público me han deparado un triunfo artístico, me ha invadido la angustia de pensar que no existía una persona con quien saborearlo y compartirlo intensamente. Cuando se vive como yo, sin madre y apartado del resto de la familia, y no se han conocido los furores de una pasión arrolladora, cuando aun se conserva la virginidad del corazón y sólo se ha vivido la existencia ficticia, alocada y estrepitosa del artista, más atento a divertir a sus admiradores que a satisfacerse a uno mismo; cuando, en suma, no se experimentaron esas delicias del amor que tan galanamente acertamos a describir los que no hemos amado nunca, no es fácil substraerse al pensamiento de que todos nuestros esfuerzos han resultado estériles, puesto que carecemos de alguien a quien dedicárselos.

¿Qué significa el éxito aparatoso y multiforme cuando no encuentra eco en nuestro corazón? Risas, placer, aplausos..., ¡cuán insignificantes deben aparecer comparados con las caricias de una madre o al lado de un momento pasional, gozado plenamente con una criatura que nos ame como a ella! ¡Yo, que he hecho felices a tantos personajes de mis obras por el Amor o por el Vicio, he deseado tantas veces descubrir otro novelista que me hiciera dichoso a mí, señalándome rutas y procedimientos para atrapar el rayo azul de la ilusión! Me ha pasado lo que a

esos creadores de específicos cuyos productos hacen crecer el pelo a toda persona que los use menos al inventor.

Porque es muy grave confesarlo; pero, no soy feliz. Sé que esta afirmación alegrará a mis enemigos, parecerá humorística a cuantos me rodean; mas cuando estoy a solas, suelo abismarme con frecuencia en el análisis de mis verdaderos sentimientos, y todavía no he podido engañarme a mí mismo concediéndome el título de persona dichosa. Poseer la Gloria y el Dinero en plena juventud, no es tener nada cuando no se cuenta con un ideal íntimo. Ver realizados nuestros sueños locos de ambición y sentirse muy alto, pero solo, sin una madre comprensiva, un amigo leal o una querida inteligente y fiel, es un castigo que la Vida reserva a innumerables vencedores de la Celebridad. Y yo, que puedo envanecerme de haber logrado hoy todo cuanto soñé en mi adolescencia, he visto con sorpresa que me falta el rayito azul de la ilusión, ese amuleto sin el cual la Gloria es una felicidad incompleta.

¡Lo que daría yo por encontrar una muchacha inteligente y comprensiva, amable y bondadosa, aunque no fuese guapa, capaz de adivinar todo el tesoro de ternura que reservo para un primer amor que nunca llega! ¡Lo que daría yo por hallar un amigo equilibrado y honorable, capaz de comprender las inquietudes de mi espíritu anhelante de reposo, que compartiera mis alegrías y mis desilusiones!

Pero ni ella ni él se han presentado todavía, y he de resignarme a engañar mi impaciencia con esa corte de amantes frívolas y de amigos ligeros que se agitan en torno mío durante cortas temporadas y que desaparecen con la misma facilidad con que vinieron, sin dejar el recuerdo de una hora de intensidad espiritual o apasionada.

Si el arte del amor es tener paciencia para aguar-

dar nuestra hora, yo he esperado la mía vanamente, pues cuando me lancé en pos de la aventura, sorprendí las mentiras y los espejismos con que la carne trata de engañarnos a los pobres ilusos que buscamos en el vicio un sustitutivo del amor

Abismado en mis reflexiones no advertí que uno de mis compañeros de departamento había salido también al pasillo y se había colocado en la ventana próxima a la mía, desde donde me contemplaba con fijeza.

Era un muchacho encantador, de unos diez y seis años, con unos ojos negros acariciados por la sombra



de unas pestañas largas y arqueadas, que hacían el encanto de aquel rostro abobado en que no se sabía qué admirar más, si la perfección helénica de la nariz, la suavidad del óvalo o el dibujo de la boca. Era un soberbio adolescente que en tiempos del Emperador Adriano hubiese competido con el auténtico Antinoo, por sus rubios cabellos y su arrogancia aristocrática; pero a pesar de su aspecto de arcángel inocente, de sus miradas cándidas y tiernas, sonreía malignamente, como si toda la malicia de un alma, curiosa y envenenada de perversidad, asomara a los labios golosos y encendidos. Cautivado por la dulzura de aquellos ojos fabulosos de sultana oriental, que rimaban a maravilla con el oro de los cabellos brillantes y alisados, me entretuve en conjeturar quién podría ser aquel "guayabo" que seguía observándome con ese descaro insultante de los muchachos tímidos; pero él me ahorró todo trabajo, exclamando con voz enérgica y sonora:

—Seguramente estará usted pensando: ¿quién será este tipo que no cesa de mirarme?—Luego, tras una corta pausa, envolviéndome en su sonrisa como en un velo mágico, añadió:—Pues le voy a sacar de dudas. ¡Soy un entusiasta admirador de usted!

Y abrió en flor sus magníficos ojos de bayadera candorosa.

—¿Un admirador mío?—exclamé yo—. ¿En qué?

—En todo. Y especialmente en sus novelas. ¿No es usted Alvaro Retana?

—¡No, señor!—contesté con ese disgusto que me produce siempre verme reconocido cuando preferiría pasar inadvertido.

—Pues a juzgar por los retratos, cualquiera le confundiría.

—No es la primera vez que me confunden con ese... literato—dije, revistiéndome de austeridad—. Y bien que me fastidia.

—¿No le gustan sus obras?

—No incurro en el mal gusto de leerlas. Y en cuanto a él..., me parece una persona abominable.

Desconcertado por mi actitud, el rubio arcángel de los ojos tiernísimos y la sonrisa intencionada, suplicó:

—Le ruego me perdone si le he ofendido en algo. Yo soy un entusiasta de Alvaro Retana y me agradaría haber tenido ocasión de conocerle personalmente y ser su compañero de viaje.

—Está usted dispensado—respondí. Y más por el

deseo de aparecer amable que por ganas de conversar con el desconocido, pregunté:

—¿Va usted muy lejos?

—A Barcelona, con mi madre y con mi hermana.

—Yo también voy a Barcelona—. Y luego, en mi propósito de seguir guardando el incógnito, agregué:—Voy a ver a mi padre y mis hermanos.

—¿Usted vive en Madrid?

—Sí; yo vivo en Madrid.

—¿Y cómo se llama usted?—preguntó mi admirador, indiscreto y genial, manifestando en sus miradas una desconfianza impertinente y una ansiedad indescriptible.

—Rafael Heredia—contesté con la rapidez de quien está avezado al uso de nombre supuesto.

El se quedó un momento pensativo contemplándome retador, sin perder su sonrisa, que era todo un poema de duda y de malignidad, y yo también quedé un instante examinando a aquel desconocido que no obstante el tono autoritario en que se dirigía a mí, revelaba un deseo vehemente de atraerse mi simpatía. Percatábame de que no era un muchacho vulgar, y me dispuse a utilizarle como conejo de Indias para mis estudios psicológicos.

—Yo me llamo Roberto Moliner—exclamó de repente el pintoresco arcángel—, y le ruego no vea en mis preguntas la menor falta de atención. En el fondo soy algo excéntrico, he leído muchas novelas, he viajado bastante, y a veces esto me hace comportarme con cierta intrepidez. A pesar del chasco que me ha proporcionado, no me parece usted antipático, y puesto que hemos de pasar tantas horas juntos, en el mismo departamento, lo mejor es que procuremos distraernos durante el viaje charlando cordialmente en lugar de permanecer indiferentes.

El "guayabo" se retiró de la ventana y se irguió frente a mí majestuoso y sensual, como una hermosa bestezuela de placer, segura de su mérito, que se ofreciera a la investigación de un tasador autorizado. Era algo más alto que yo, y una altivez de raza le hacía confundible con cualquier principito joven de esos que suelen decorar las cortes europeas. La naturaleza no le había regateado atractivos, y a la belleza irreprochable del rostro pálido y sin vello, unía una figura torneada y maciza, primor de gentileza. Aquella criatura diríase creada para asombrar al mundo con su plasticidad de diosecito mitológico, pulido y afinado por las modernas civilizaciones, y cuando reanudamos nuestra conversación, me afirmé en la creencia de que mi nuevo amigo era un muchacho por demás inteligente, merecedor por todos los conceptos de la curiosidad de un novelista que como yo anda siempre a la caza de casos pintorescos que estudiar para sus producciones.

A las dos horas de diálogo, Roberto Moliner, a quien llamaban Tito en la intimidad, me había narrado la historia de sus padres y su hermana con una encantadora sencillez.

El padre de Roberto había sido un rico fabricante de paños de Tarrasa, dominado por dos terribles obsesiones: el negocio y la música. Como buen catalán, Rosendo Moliner era un trabajador infatigable y un insaciable bebedor de sensaciones líricas, que armonizaba sabiamente las exigencias de su industria y de su hogar con el culto a la diosa Euterpe. Vivía consagrado al engrandecimiento de su fábrica de tejidos, que era la más acreditada de toda Cataluña; pero sus múltiples quehaceres no le restaban tiempo para asistir en Barcelona a cuantos acontecimientos filarmónicos pudieran interesarle. Era un asiduo concurrente al Liceo, entre cuyos bastidores solía pasar los entreactos como si pretendiera aspirar el musical aliento de los protagonistas de las óperas, y su melomanía tuvo el final inevitable.

Rosendo Moliner acabó enamorándose de una hermosa cantante brasileña, a la cual retiró del teatro, y fruto del idilio de la artista y el fabricante fueron dos plásticos gemelos: un niño—Robertito—y una niña: Graciela.

Pero aquella pasión del catalán melómano por la aplaudida tiple empezó a envenenarse cuando ésta, sintiendo la nostalgia de sus triunfos escénicos, quiso volver a ser Traviata, y Floria Tosca, Sonámbula y Mimí. Pasados los primeros cinco años de aquella *entente cordiale* que Moliner mantuvo con una ge-



nerosidad edificante, la brasileña, terca y obcecada, segura de que él nunca aceptaría una reaparición artística, prefirió aprovechar un viaje de Rosendo y en unión de sus hijos escapóse a Marsella, desde donde escribió al amante suplicándole perdonase aquella deserción que podría significar para ella la reconquista de la gloria universal.

Y la bella cantante surgió cual Ave Fénix del voluntario ostracismo a que se había condenado, tornando a ser la tiple de los triunfos estrepitosos y la sirena hechizadora de los públicos por aquella plas-

ticidad reproducida en los gemelos. Porque tanto Graciela como Tito eran el fiel retrato de la madre y tenían, como ella, una inquietud espiritual y una naturaleza ardiente, que los hacía parecer hermanos de su progenitora.

Transcurridos dos lustros de la fuga de Barcelona, la brasileña retornaba a la Ciudad Condal, un poco fatigada de su loca existencia, aburrida del constante homenaje a su belleza y su talento y ávida de reposo y de volver a ver al padre de sus hijos, con el cual no había dejado de cartearse amicalmente.

Con deliciosa locuacidad, Robertito, mi nuevo amigo, a quien tan repentinamente había inspirado tanta confianza, me narró la historia de sus padres y se hizo un auto-retrato moral que me dejó aturdido.

—No le quepa a usted duda. Yo soy un tipo de novela de Retana. Estoy enfermo de curiosidad y de erotismo extraviado. Me atrae la aventura y me seduce lo desconocido. Y, sin embargo, soy un buen muchacho. Ya se convencerá cuando intimemos. Porque se me figura que vamos a ser muy buenos amigos.

—¿Cree usted?

—Sí; estoy seguro. Yo, cuando voy a ser *muy amigo* de una persona lo advierto en seguida. Es algo así como un pinchazo en el corazón..., y ya está. Hace un momento lo he sentido, al sospechar que pudiera usted ser mi novelista predilecto. ¡Si supiera usted cuántos libros suyos he leído en América! ¡Lo que yo daría por encontrarme a Baby y vivir los capítulos perversos de *El octavo pecado capital!* La libertad en que mi madre nos mantiene, me ha despojado de prejuicios y me ha hecho envejecer antes de tiempo, y de igual modo que *El demonio de la sensualidad*, a pesar de mi juventud, noto que mi alma es milenaria y siente melancolías de una pasión que no he saboreado, añoranzas de una existencia que no

he vivido. ¡Qué sé yo! Tengo hambre y sed de sensaciones antiguas y nuevas, impaciencias atroces de *un algo* que yo mismo no acertaría a describir. Quisiera escaparme de la vulgaridad cotidiana, correr detrás de un ideal que ni siquiera sospecho. Ser el protagonista de una novela absurda que ningún escritor se atreviera a publicar. Ser esclavo y tirano; ingenuo y libertino; piadoso y cruel; arriesgado y medroso; gozar intensamente placeres condenables o seguir conservando mi absurda castidad.

A medida que hablaba, las pupilas de Tito cobraban reflejos metálicos, y toda la inquietud morbosa de su espíritu asomaba a las dos ventanas de su rostro de arcángel. El "guayabo", inspirado y elocuente, expresábase atropellando los conceptos, como si temiera omitir algún detalle de su psicología que pudiera interesarme, y a mí su exaltación me impedía interrumpirle, y continuaba embelesado, pendiendiente de su charla sugestiva.

La belleza, que es una gran despertadora de simpatías, me había aproximado desde el primer momento a mi gracioso y original compañero de viaje; pero después, al descubrir la inteligencia que adornaba a aquella criatura extravagante y desmoralizada, presentí, como él, que estábamos llamados a ser muy buenos amigos...



II

La comida en el vagón-restaurant fué verdaderamente inolvidable, y vino a ser el sello de mi amistad con la cantante brasileña y sus dos hijos.

La madre de Roberto era tan comunicativa como éste, y su locuacidad de cotorra mundana obraba la virtud de rejuvenecerla hasta el punto de parecer una hermana mayor de Graciela y de Tito. Gozaba, como el joven, de una abundante cabellera rubia y unos ojos negrísimos, que conservaban un fulgor infantil, y, a pesar de sus treinta y seis años, retenia la frágil gentileza de sus tiempos de colegiala, que, con su gran ingenio, su tolerancia al opinar sobre escabrosos temas y su tierna coquetería, la hacían resultar una sirena tan atrayente como Graciela, también en posesión de unos áureos cabellos y unos ojos de noche que venían a ser el distintivo de la familia.

La brasileña convino con Roberto en que yo tenía un asombroso parecido físico con el novelista cuyas producciones eran tan apreciadas por ellos, y me manifestó su simpatía mediante unos discretos apre-

tones de manos, cambiados por debajo de la mesa, que no pasaron inadvertidos para Tito y Graciela.

La joven, a su vez, para no desentonar en el efusivo recibimiento que me dispensaban el hermano y la madre, mostróse conmigo no menos cariñosa, y yo, realmente seducido por aquellas demostraciones de cordialidad de una familia que no tenía por qué homenajearme, me humanicé a la hora de la cuenta y les rogué me permitieran que abonase el importe de la comida.

La brasileña resistíase; pero Roberto expuso autoritario:

—Mamá, ¿Por qué no vamos a aceptar esta invitación de un amigo de viaje tan correcto? Cuando estemos en Barcelona, él vendrá a almorzar con nosotros cualquier día, y en paz...

—Pero, Tito, por Dios—insistió la cantante.

—Tiene razón Roberto—proclamó Graciela—. No hay ningún motivo para rechazar un obsequio que podemos devolver.

Tanto la madre como los gemelos eran un prodigio de mundanidad y desenvoltura. Colegíase inmediatamente que los tres poseían una inteligencia cultivada y un envidiable tacto para entenderse con la gente. Sin duda su existencia agitada y cosmopolita habíales dotado de aquella exquisitez que los hacía inolvidables habiéndolos tratado solamente unas horas. Galantes y felinos, cultos y refinados, causaban la impresión de una familia real que viajase de incógnito y no acertara a contener la innata distinción de sus costumbres.

Cuando ya el sueño empezaba a importunarnos, como estábamos solos en el departamento, la cantante y Graciela tendiéronse en un lado del vagón, y cubiertas con una manta se dispusieron a dormir, y Robertito y yo nos sentamos en el rincón de enfrente, y envueltos en la mía, que extendimos sobre los dos, nos decidimos a imitarlas.

Pero al cabo de un largo rato, cuando las dos mujeres se hallaban sumergidas en un profundo sueño, Tito exclamó con voz velada y misteriosa, tuteándome de improviso:

—Yo no puedo dormir, ¿y tú?

—Yo tampoco. Me encuentro desvelado.

—Y además siento frío—añadió estremeciéndose y acercándose más a mí.

Luego, dando a su voz un tono lánguido y ambiguo, preguntó:

—Dime, Rafaelito. ¿Qué idea te has formado tú de mí?

Alentado por la penumbra en que habíamos sumido el departamento, satisfecho por la comida, superlativamente rociada, y seguro de que nadie nos oía, respondí, acariciando una mano de Tito:

—Me pareces un chico encantador, cordial, inteligente, simpático y... guapísimo.

Los ojos del "guayabo" cobraron un fulgor maravilloso, y exclamó, con su voz apagada y melodiosa, más insinuante entre el rumor del tren y la reinante obscuridad:

—¡Pues lo mismo pienso de ti! Sólo que, si he de serte franco, te diré que te encuentro reservado conmigo.

—¿Reservado? ¡Qué cosas dices!

—Sí; reconozco tu cortesía; no podría negar que resultas irreprochable como amigo, a pesar de las pocas horas que hace que nos conocemos, y que justificas sobradamente el interés que has despertado en mí; pero, no obstante, tengo la convicción de que yo no te inspiro tanta confianza. Eres poco expansivo.

—Esas son cosas de la edad. Al fin y al cabo tú eres un chiquillo de diez y seis años, mientras que yo... ya tengo veintitrés.

—La edad de Retana—interrumpió el "guayabo".

—Y, por tanto—proseguí yo—, es natural que sea un poco más prudente que tú. Aparte de que tú mismo lo has dicho hace un momento: nos conocemos sólo de unas horas.

—Eso no quiere decir nada. La amistad y la simpatía brotan de repente. Hay personas a las cuales no haríamos la menor confidencia, aunque estuviésemos tratando con ellas años enteros, mientras que otras se apoderan de nuestra confianza al minuto de conocerlas.

—Pero no negarás que hay algunas personas más comunicativas que otras.

—Y yo soy una de ellas, lo comprendo. Quizás por eso te halle reservado conmigo.

—Pero, ¿qué quieres que te cuente, criatura?

—Háblame de tu vida..., cuéntame tus amores...

Por complacer a Tito me inventé una existencia correcta y honorable que habría satisfecho al fiscal más severo en tocante a moralidad, y puesto en el sendero del embuste, me titulé abogado, asegurando que mi padre era rentista. Con una ingenuidad que no habría superado Catalina Bárcena, me compuse una historia, cuyas tonalidades no podían ser más celestes; pero a medida que avanzaba en el tejido de falsedades que me hubiera hecho acreedor a un altar, Tito manifestaba en su semblante el desagrado con que recibía mis confidencias. El esperaba algo más novelesco y libertino, que saciara su hambre de emociones culpables; algo sensual y truculento en vez de mis protestas de ignorancia al referirme a cierta clase de aventuras que ningún joven de mis condiciones físicas y espirituales puede afirmar que desconoce. Roberto me escuchaba atento y defraudado, y tan próximo a mí, que yo percibía claramente la fragancia de sus cabellos, que brillaban entre las

sombras como hilillos de oro, y la suave tibieza de su cuerpo torneado y macizo.

El traqueteo del tren amortiguaba el ruido de nuestra conversación, que había derivado a un terreno bastante peligroso, y Tito, persuadido de que nadie le oía, confortado por aquella obscuridad que dominaba el departamento, e imprudentemente expresivo por las copiosas libaciones de la comida, me llegó a confiar secretos e inquietudes que habrían alarmado a las durmientes si las hubiesen escuchado.

Con un cinismo demoníaco y sin perder la angélica dulzura de sus ojos, en vista de que yo no contaba nada ameno, Tito me reveló sus fechorías por la República Argentina, que hubieran podido figurar dignamente en la más aberrada de mis novelas. Tito amaba el perfume de las decadencias, y muchas noches escapábase a los barrios extremos de las grandes ciudades de América del Sur en pos de una aventura equívoca que calmase sus ansiedades de niño precozmente pervertido. Mientras su madre deleitaba al público desde un escenario, él corría a los arrabales a recibir el homenaje de los buscadores de lujurias extraviadas, para los cuales su confortable adolescencia eran una irresistible tentación. El "guayabo" iba a encanallarse avivando deseos monstruosos, y saboreaba una extraña voluptuosidad viéndose cortejado y pretendido como cualquier sacerdotisa del placer. Pero nunca se decidía a claudicar, y aunque moralmente estaba prostituído, guardaba, encarnizado, su virginidad corporal. Era como una azucena que hubiera crecido voluntariamente en el fango y a la cual sólo hubiesen mancillado con la vista o con la palabra. Bajo su aspecto de ángel candoroso e inofensivo, Tito escondía un alma depravada y sugestiva, intrépida y curiosa, fruto de una educación mal dirigida y la relajación de costumbres

de las grandes ciudades. Porque la civilización ha traído el veneno de la aventura equívoca, que ya no escandaliza a nadie, entre otras razones, porque el mundo perdona todo, menos lo que pueda aburrirle.

—Comprendes ahora tú—concluyó, sin perder la expresión beatífica de sus ojos de esmalte—la alegría con que yo hubiese trabado conocimiento con Alvaro Retana? Yo soy un chico para él; si pudiera escucharme compondría con la novela de mi vida un libro formidable. ¡Figúrate las cosas que podría contarle yo!

—¿Más de las que me has dicho?

—¡Te quedan tantas por saber!

Rendido por su charla, Tito apoyó su cabecita rubia sobre mi hombro derecho para dormir con más comodidad, y yo quedé reflexionando, dolorido, sobre la insospechable perversidad interna de aquella criatura, complicado problema de sensualidad pervertida, cuyo exterior angélico no hacía presumir el infierno de su alma.



SEGUNDA PARTE

I

Veinte días después, sobre las siete de la tarde, envuelta en la caricia de una túnica de crespón color de rosa, que armonizaba lindamente con los cabellos de oro, contribuyendo a hacer más viva la sensación de juventud, la madre de Roberto me recibía en su gabinetito del Hotel Oriental, tendida en actitud lasciva y perezosa de cortesana helénica.

Tito y Graciela habían salido a cumplir un encargo de su progenitora, y ésta, después del te, me retenía mostrándome los múltiples retratos y periódicos que atestiguaban las triunfales actuaciones por Nueva York, Chicago y Buenos Aires. Mientras ella se distraía contemplando las espirales azulinas de su cigarro egipcio, yo hojeaba diarios y revistas que rendían tributo apasionado a la cantante brasileña, cuyas más bellas creaciones eran los dos gemelos. Aquella artista aventurera y caprichosa, que durante diez años había sido el ídolo de los públicos de América, rendía un fervoroso culto a la fotografía, y uno de sus baúles contenía exclusivamen-

te cartulinas de los más opuestos tamaños en que la imagen de ella se multiplicaba con las diversas vestimentas y actitudes de las óperas de su repertorio.

Esperando la vuelta de Graciela y Roberto, yo entretenía mi impaciencia curioseando los banales recuerdos que acusaban el paso de la artista galante y frívola por países lejanos, y que ahora repartidos hábilmente por muebles y paredes, restaban a la estancia la frialdad hostil de los cuartos de hotel.

La camarera habíanos servido un te fantástico, y la cantante aprovechó la tardanza de sus gemelos para hacerme una descripción prolija y arbitraria de sus éxitos en la escena, únicamente comparables a sus conquistas de mundana. Con ese narcisismo de las mujeres de teatro, extasióse, alabándose a sí misma, y acabó proclamándose como la más irresistible de las sirenas de "boudoir". Entonó un himno ardiente a sus hechizos como artista y a sus encantos femeninos, y no se consideró satisfecha hasta obligarme a confesar que ella era la mujer más seductora que yo había conocido en mi vida. Amoral y despreocupada, la brasileña describióme su entrevista con el padre de los gemelos, que había concluído en una forma tranquilizadora para el porvenir de los muchachos, y terminó felicitándose de haber trabado conocimiento con persona tan correcta como yo que a mis dotes de hombre de mundo, unía la calidad de abogado.

Me pareció que aquella sugestiva compañera de viaje, razonable y espiritual, era, "vista de cerca", un tanto peligrosa y libertina; pero mientras ella no solicitase unos servicios de abogado que no podía prestarle ni identificara mi personalidad, estaba decidido a soportar sus incongruencias por temor a perder la amistad de sus hijos.

A pesar de nuestra diferencia de años, a la can-



tante brasileña no parecía alarmarle aquella intimidad establecida entre sus vástagos y yo, y aprobaba muy satisfecha nuestras constantes idas y venidas, invitándome repetidamente a comer con ellos en el hotel y autorizándoles para que almorzasen conmigo cuando yo decidiera convidarlos.

Desde nuestra llegada a Barcelona, Graciela, Tito y yo, habíamos formado un trío tan perfectamente acoplado, que servía de tranquilidad a la cantante, pues ella "siempre había deseado para sus hijos la compañía de personas serias y respetables como yo, que supiesen armonizar al uno con el otro".

En el fondo, la tiple sospechaba que yo hacía la corte a Graciela y que mi compenetración con Robertito no era sino el pretexto para poder llevarme a la "guayaba" a cines y teatros, paseos y excursiones; pero, sin duda, en el cortejo no veía peligros cuando ella misma fomentaba aquel acoplamiento que me había hecho exclamar, dirigiéndome a los hermanos:

—Voy a acabar haciéndome la cuenta de que sois mi novia y mi novio.

La frase fué acogida por la tiple con una carcajada estrepitosa, y desde entonces, cuando nos saludábamos, preguntaba yo a los gemelos:

—¡Hola, novia!, ¿qué tal? ¿Cómo te encuentras, novio?

Para la brasileña mi amistad con sus hijos era muy sana y conveniente, pues ellos, después de tantos años de ausencia, no conocían a nadie en Barcelona, y mejor que dejarlos salir solos o verse precisada a acompañarlos, prefería saber que estaban con un joven tan respetable como yo y al cual creía primogénito de un propietario acaudalado. Aparte de que, libre del trabajo de vigilar a sus gemelos, la cantante podía dedicarse con más independencia a la reconstrucción de su idilio con Moliner, en el cual

confiaba para que asegurase el porvenir de los muchachos.

La *tournée* por América, tan pródiga en aplausos y en adjetivos rimbombantes de la crítica, no había resultado tan brillante desde el punto de vista financiero, porque la brasileña y sus "guayabos" arrastraban una existencia principesca, y aunque nunca faltaron amantes dadivosos para contribuír al esplendor de una madre tan despilfarradora y unos hijos tan manirrotos, los gastos siempre superaban a los ingresos, y pasada una década, la tiple había vuelto a Barcelona como una solución a la catástrofe inminente. Pero astuta y genial, la brasileña, había hecho creer al fabricante de paños de Tarrasa que la única razón de su regreso a la Península era el deseo melancólico de abrazarle de nuevo, de confiarle a sus retoños, palpables maravillas de hermosura y educación, para no separarse más del único hombre a quien ella había amado verdaderamente.

Ahora la brasileña conformábase con que Rosendo Moliner la comprase una torre en San Gervasio, la Bonanova o Gracia, para vivir con los gemelos apartada definitivamente del mundanal ruido, consagrada a cimentar la posición de sus "guayabos" y a distraerse con un huerto donde hubiese gallinas, conejos y palomas.

La incorregible parlanchina me había expuesto aquella tarde sus proyectos, pues nadie más indicado para recoger las confidencias de una mujer que como ella necesitaba desahogar su corazón, que el compañero inseparable de sus hijos. Yo, que en virtud de una amistad tan puerilmente iniciada en el tren, había llegado a ser para ellos un nuevo miembro de la familia, especie de hermanito mayor con derecho a coqueteos con la madre y los hijos, debía ser quien la aconsejase e iluminara sobre aquellos extremos de índole jurídica relacionados con la pro-

piedad, para el caso en que Rosendo se decidiera a la compra o cesión de algún inmueble en favor de los niños.

—Créalo usted, Heredia—me aseguraba la cantante, adoptando sobre el diván una postura lírica que dejaba al descubierto toda la pierna derecha y parte del muslo—. Yo soy una mujer muy seria, que ha pasado la juventud haciendo locuras contra su voluntad, influída por el ambiente. Mas por fortuna he reaccionado a tiempo, y quiero serenar mi vida. Tengo hambre y sed de regularidad y quisiera que mi Graciela no imitase el ejemplo de mis primeros años. Bien es cierto que si yo no he sido un modelo de virtudes, tampoco he sido mala. El arte me ha arrastrado a la vorágine; pero, como dijo el poeta, "para volver al bien en este mundo cualquier momento es el supremo instante". ¡Me agradaría tanto ver a mi Graciela casada con un joven formal e inteligente! Y la única manera de lograr mis propósitos es retirándome de la circulación artística y obtener de Rosendo una espléndida dote para ella. Robertito ya no me inquieta tanto. Al fin y al cabo es un hombre y los hombres ya es sabido: siempre están en mejores condiciones para arrostrar los pavorosos misterios del destino. Yo sé que Tito es un muchacho precozmente amoral, con una fantasía desordenada y una audacia increíble para perpetrar las mayores atrocidades. Pero no me preocupa grandemente el abismo a que pueda conducirle su irreflexión. Es un hombre, y allá él... Graciela es quien a mí me sobresalta. Ella es prudente y digna; pero me basta percatarme de la impresión que ya produce su belleza y su juventud para temer que cualquier día pudiera ocasionarme una cruel sorpresa.

Las lucubraciones de la hermosa cantante fueron interrumpidas por la llegada de sus hijos, que, inmediatamente cayeron sobre mí, abrazándome con

la misma efusión que si en vez de habernos visto el día anterior hubiésemos estado cuatro años sin saludarnos.

—¡Ah! ¡Rafaelito! ¡Qué alegría!—exclamaron a dúo los gemelos.

—¡Hola, querida novia! ¿Qué hay, preciosidad de novio?

—Pues hay que si hubiésemos presumido que tú estabas en casa no habríamos tardado tanto tiempo en volver—dijo Roberto.

—¿Hace mucho tiempo que has venido?—preguntó



Graciela, despojándose del sombrero, que colocó sobre una silla.

—Desde las seis estoy aquí, pasándolo muy bien en compañía de mi adorada suegra.

La cantante rió gozosamente, y Roberto inquirió:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—¿Ahora?—repetí—. Pues irme a casa. No me he marchado antes porque no quería hacerlo sin tener el placer de saludar a mi novia y mi novio.

—Entonces te acompaño—propuso Tito—. Mamá, ¿me lo permites? Aún no han dado las siete y media; puedo dar una vuelta con Heredia, y antes de las nueve estaré de regreso para comer.



—Si es así, puedes irte—decretó la cantante—. No olvides que esta noche tenemos un palco para el estreno de Novedades, y me fastidia llegar al teatro con la obra comenzada.

—Mamá, ¿quieres que vaya yo también con ellos? —solicitó Graciela.

—No, tú no—respondió la madre—. Tú lo que vas a hacer es arreglarte para marcharnos en seguida que comamos. La función está anunciada para las diez y media. Lo único que puedo hacer en tu obsequio es invitar a Rafaelito para que venga con nosotros al teatro.

—Eso es; eso es—exclamaron palmoteando los gemelos.

—Entonces lo mejor será—propuse yo—que Roberto coma conmigo, y vengamos luego a buscarlas para ir a Novedades los cuatro.

La brasileña aceptó el plan, y Tito y yo salimos del hotel alegres y contentos, porque para nosotros el poder hablar solos, como dos novios auténticos, era algo tan extraño y exquisito, que nos alborotaba el corazón.



II

Roberto y yo nos fuimos a comer al aire libre, frente al mar, en un modesto restaurant de la Barceloneta, frecuentado por marineros y burgueses.

Llegaba hasta nosotros claramente el rumor de las olas y la intensa fragancia de la brisa nocturna, excitante y salada, y mientras nos servían el arroz con pescado, que encargamos en la terraza, permanecíamos acodados sobre la barandilla, saboreando la embriaguez primaveral de aquella noche en que la luna y las estrellas brillaban como luces de una fiesta lejana y misteriosa.

Tanto él como yo nos sentíamos recogidos y tiernos, arrullados por la sensual dulzura del instante, gozando la delicia de hallarnos los dos solos, sin testigos inoportunos, bajo el azul centelleante de un cielo que se besaba en la lejanía con el mar encalmado, y sin que una sola idea abominable dominara nuestra imaginación.

En aquellos veinte días que llevábamos de amistad, Tito y Graciela habíanse adueñado tan radicalmente de mi atención, que yo robaba horas a mis



ocupaciones para poder estar junto a ellos, deleitado con el candor sin artificio de la joven y la perversidad quintaesenciada del muchacho. Pero si a mí me atrajo Tito por sus depravaciones, si al principio lo que me cautivó fueron sus confesiones amorales y su inquietud espiritual, cuando le fuí tratando más íntimamente y apreció los tesoros de su inteligencia, dejó de ser para mí el conejito de Indias codiciado para mis estudios psicológicos y pasó a ser mi más caro juguete: la ilusión color de rosa que alegraba mi estancia en la Ciudad Condal. A medida que transcurría el tiempo, yo me sentía más dulcemente impresionado por aquel monigote intoxicado de perversidad, y me propuse firmemente librarle del veneno que roía su alma. Infinidad de veces me he deleitado en el análisis de casos patológicos y clínicos, con el propósito exclusivo y literario de trasladarlos a mis obras, sin que jamás sintiera la morbosa atracción del enigma estudiado; pero Tito ejercía sobre mí una especial fascinación. Me producía pena ver aquel chico tan soberbiamente plástico, tan envidiablemente inteligente y tan lleno de simpatía, situado en el peor de los caminos, abocado a ser una víctima de su temperamento soñador. Porque si hasta el presente Tito se había conformado con aspirar los enfermizos aromas de la aventura equívoca, llegaría un momento en que aquel niño curioso, enfermo de novelerías decadentes y erotismos extraviados, convertiríase en un vulgar degenerado, en un chiquillo impúdico, merecedor de odio y desprecio por su innoble conducta. El nene guapo y travieso, con la cabeza a pájaros, perturbado por un ambiente ambiguo y libre, descuidado en su educacin, influído quizás por lecturas mal digeridas, no merecía caer al precipicio de la aberración y el escándalo. Con su gracia y su ingenio, Tito me resultaba

el más encantador de los amigos, y si a esto se añade su servicialidad y su alegría, no extrañará que algunas tardes faltase yo a los ensayos de mi revista en el Eden-Royal para ir al cine en compañía de Graciela o de Tito.

Aquellos dos muñecos habíanse erigido en mis tiranos, y yo sobrellevaba muy a gusto aquella absorción de mi vida que realizaban uno y otro, porque acostumbrado a ser el déspota mimado por queridas y admiradores, el ídolo temido a quien tantos reverencian, me divertía comprobar que existían dos criaturas que mandaban en mí y me exigían sacrificios arbitrarios, imponiéndome fantásticos castigos cuando llegaba tarde a una cita o me resistía a aceptar un convite. Tanto mi novia como mi novio, rivalizaban en patentizarme un afecto incondicional, y aquello me halagaba doblemente, porque no estaba hecho a Alvarito Retana, al artista de la leyenda ambigua y peligrosa, sino a Rafael Heredia, un ilustre desconocido sin otro mérito que su atractivo personal. Cierto que si Roberto se sintió favorablemente inclinado hacia mí fué por *su error* al confundirme *conmigo mismo*, pero cuando el muchacho aceptó la posibilidad de que yo fuera un Rafael Heredia, sin categoría artística ninguna, no amenguó su entusiasmo lo más mínimo. Por primera vez en mi vida una chica monísima y un chico encantador intimaban conmigo, y valoraban mi amistad, no por la malsana sugestión de mi nombre, sino por mi simpatía particular. Frecuentemente sorprendía a Graciela o a Tito contemplándome de reojo, como si pretendieran sorprender furtivamente por la expresión de mi rostro la verdad de mis sentimientos, y yo, aunque en diversas ocasiones sentí la tentación de revelarles el secreto de mi personalidad, me supe contener para hacer más pintoresca la situación.



—¡Cuántas ganas tenía—exclamé yo de pronto, apoyando una de mis manos sobre la espalda de Tito—de que llegase este momento.

—¿Tienes que hacerme alguna revelación terrible?—dijo Tito, cesando de contemplar el mar.

—Sí, Tito; desde hace varios días tenía que decirte que me trae escandalizado tu conducta. Y ahora que podemos hablar solos, aprovecharé la ocasión para significarte la contrariedad que me produce ver cuán cínicamente hablas delante de tu hermana de cosas y de casos que no debiera oír una muchacha de su edad. No me parece nada bien que un chico como tú, listo y agradable, se muestre a todas horas tan precozmente desmoralizado.

—¿Y te enteras ahora?—interumpió Roberto—. Ya te dije en el tren, la misma noche que nos conocimos, que yo era un personaje de novela de Retana. ¡Estoy envenenado de lujuria y de perversidad!

—Pues si algo te interesa mi amistad, es preciso que te corrijas. He llegado a cobrarte un verdadero afecto; pero te admiraría y te querría más si pusieras algo de tu parte por curarte de ese veneno literario que mixtifica tu alma. Cuentas diez y seis años, eres un chico guapo y fuerte, posees simpatía y talento naturales, y no tienes más inconveniente que esa inquietud morbosa que devora tu corazón. ¿Por qué no intentas domar tu frenesí y ahuyentar de tu espíritu esas ideas malsanas que pueden conducirte a ser juguete del Vicio y del Pecado?

—Pero, oye, Rafaelito—exclamó Roberto, mirándome gravemente—; ¿es que me has traído a comer contigo para ensayar tus dotes de padre misionero?

—No bromees, Tito—dije yo—. En estos veinte días que llevamos de amistad te vengo observando con el mismo interés que un médico estudiaría a un enfermo grave. Me has caído en gracia, ¿para qué

negarlo?, y créeme: tanto Graciela como tú sois para mí, en este instante de mi vida, dos rayitos de sol que alegran mi existencia. Haría por vosotros un sacrificio grande si la ocasión lo requiriera; pero no puedo continuar siendo vuestro amigo si tú no me prometes purificar tus sentimientos.

—¿Esto quiere decir que me quedo sin novio?

—Esto quiere decir que no estoy decidido a seguir escuchando tus constantes exaltaciones a cuanto revista carácter de aberración y locura, y que si no me juras solemnemente corregirte, me veré precisado a no salir más con vosotros.

—¿Hablas en serio?

—Y tan en serio, Tito. Yo te juzgaba un poco intoxicado de perversidad literaria; pero no hasta el punto de consagrar tu vida al cultivo de tu innata amoralidad, sin advertir que puedes contagiar a tu hermana.

—¡Ahora comprendo!—exclamó Tito—. Aquí lo que sucede es que te gusta Graciela. Pues si es así, no temas que la desmoralice. Tú eres quizás el único hombre en quien yo declinaría esa labor.

—Tito, has interpretado mal mi buen deseo. A mí no me interesa Graciela sino como un camarada, un compañero que en lugar de pantalones lleva faldas; pero me interesas también tú, como una novia que en lugar de faldas llevase pantalones, y no te acepto como te presentas ante mí. Te quiero equilibrado y digno; consciente de tus deberes y dispuesto en todo momento a no perder el prestigio de tu sexo, ni siquiera la propia estimación. Que pueda yo presentarte a mi padre y a mis hermanas, a mi querida y a mis amigos, sin temor a que puedan pensar que existe entre nosotros una intimidad culpable. Un muchacho que se exprese como tú con el primero que llegue, ha de alarmar a quien le escuche, dando lugar

a que la gente piense que sus camaradas sean lo mismo que él.

—¿Y qué le voy a hacer si desde pequeñito me han dejado en una libertad que me ha hecho ser así?

—Pues tomar un profesor de moral como yo—afirmé, descubriendo en los ojos de Tito una ligera llamarada—. Aleja de ti las tendencias nocivas, para pensar únicamente en ser un hombre útil a la sociedad, creándote el tesoro de la propia estimación. No hay mayor refinamiento que la normalidad, ni pecado más exquisito que portarse bien.

—Pues entonces, por complacerte, porque sigas siendo mi amigo inseparable, desde hoy te voy a obedecer. ¡Ya verás el cambiazo que va a dar Robertito!

El camarero vino a interrumpir nuestro diálogo para anunciar que la comida se encontraba en la mesa, y mientras atacábamos un arroz con pescado, sabroso y abundante, prometí a Robertito:

—Si eres bueno y tu madre lo autoriza, te llevaré a Madrid a pasar conmigo una temporada. Ya verás qué casa tengo más bonita y que amante más guapa. Congeniarás muy bien con Carmelina, porque es una muchacha de tu edad. Pasarás con nosotros unos días en mi finca de Torrejón, un pueblecito de Castilla, obscuro y apacible, hasta donde no llegan los ruidos cortesanos, y pasearás con los dos bajo un cielo sin nubes, atravesando extensas llanuras de verdor, hasta llegar al soto de Aldovea, un bosque propiedad del duque de Tovar, donde las codornices saltan a nuestro paso y los venados cruzan en carrera vertiginosa. Correremos juntos los tres por las orillas del Henares, y saborearás la atrayente quietud del campo y la visualidad de un panorama que hubiese inspirado a Fray Luis de León sus más bellas estrofas. ¿Tú crees que la aventura y la emoción están en la ciudad y necesitan de la noche?... ¡Error imperdonable! Las sensaciones más violentas y más

puras se gozan en el campo, a pleno sol, y son doblemente sagradas porque las sanciona la Naturaleza. Una cita equívoca con un millonario envilecido, en un restaurant de alto copete, no vale lo que una excursión por el bosque del brazo de un camarada. A los besos pintados de una "cocotte" en el antepalco de un teatro elegante, son preferibles las caricias de una novia ingenua, que nos diga *te quiero* bajo la sombra de unos álamos silvestres. Las emociones artificiales están al alcance de cualquier nuevo rico, y el éter, la morfina y las evocaciones espiritistas son espejuelos para aturdir a los papanatas. Las gentes realmente perversas, las que quieren saciarse de pecado moderno, se refugian en la Naturaleza y se aman en una forma primitiva, a la luz del mediodía y espoleados por la brisa del río. Si tú ansías sensualidades, buscaré entre mis amiguitas una nena complaciente, fresca y sana, y la encerraré contigo en mi finca de Torrejón para que te enseñe las vibraciones del deleite normal, y cuando a mí me veas gozar con mi Carmela y goces tú con la pareja que te quepa en suerte, comprenderás el fundamento de mis teorías y no volverás a pensar en depravaciones infantiles, que a cambio de una emoción pasajera pueden ser tu bochorno para el resto de tu vida. No, Tito; no transijo con que te aferres a tu idea de ser un personaje de novela de Retana. Serás un muchachito honorable y equilibrado, un espejo de juventud, y seguramente, dentro de algunos años, cuando Dios te haya concedido un poco más de reflexión que la que tienes hoy, reconocerás la intención que me guiaba al aconsejarte así, y en el fondo de tu alma te felicitarás por haberme encontrado en tu camino.

Tito comía en silencio, prestando a mis palabras una gran atención, sin atreverse a refutarme, persuadido de la pureza de mi discurso, y cuando terminamos los postres y el café y abandonamos la terraza, agarróse a mi brazo y exclamó con los ojos radiantes de alegría:

—¡Rafaelito, qué bueno eres! ¡Cuando estemos en casa voy a darte un abrazo que te voy a hacer polvo!



III

Tito me había expresado varias veces su deseo de conocer mi casa y saludar a mi familia; pero yo rehuía complacerle con hábiles pretextos, porque me interesaba mantener el secreto de mi verdadera personalidad. Evitaba concurrir con los gemelos a lugares donde pudiera tropezarme con artistas y conocidos, y ponía en tortura mi imaginación para justificar el empleo de las horas que invertía en los ensayos de mi revista galante-veraniega en el Eden-Royal, para la cual había confeccionado letra, música y figurines.

La Empresa de este coliseo había dispuesto el estreno de mi obra para el quince de junio, y yo calculaba que una semana después regresaría a Madrid, desde donde revelaría a Robertito el inocente engaño de que le había hecho objeto; pero contra todas mis precauciones y cuidados, contra todas las medidas previsoras que adopté para ocultar mi identidad, conspiraba mi mala suerte, que me había condenado a ser víctima de un encuentro inesperado.

Una tarde, Roberto y yo paseábamos sin Graciela

por la cumbre del Tibidabo, recorriendo una especie de meseta desde donde se divisaba un panorama espléndido, que tenía por fondo el mar, de un azul claro y transparente, tan sólo comparable con el azul del cielo. Juntos saboreábamos la grandiosa belleza del paisaje, y aquella tarde serena y tibia hubiéramos creído hallarnos en el Paraíso. Sin duda para que la ilusión fuese completa, hizo su aparición la serpiente bajo la forma de Carmen Flores, que, vocinglera y efusiva, me llamó desde un automóvil que guiaba Enrique Borbón, patentizando su sorpresa y su contento con un chaparrón de exclamaciones que me helaron la sangre:

—¡Hola, Retana! ¿Cómo estás? ¡Cuánto celebro verte! Me habían dicho que habías venido a Barcelona para el estreno de tu obra en el Edén. ¡Chico, qué gordo estás! ¡Ve por casa! Tengo que hablarte. Necesito unos figurines para unos cuplés nuevos que me ha hecho Nieto de Molina. Y si tienes algo bonito para mí me lo llevas. Pero, Alvarito, ¿qué te pasa? ¡Te has quedado así..., como tonto!... Anda, veniros con nosotros. Merendaremos juntos y os llevaremos luego a vuestra casa. Fíjate qué automóvil he comprado. ¿Verdad que es estupendo?

Con su alegría desbordante, que aún la hacía más bella; con su jovialidad de sevillana, Carmen Flores hablaba precipitadamente, haciéndome preguntas arbitrarias y comentando asuntos referentes al género varietinesco, sin comprender el mal servicio que me estaba prestando.

Después de la merienda y el paseo, que aceptamos, con ella y con Enrique, en que quedó tan suficientemente comprobada para Tito mi personalidad, éste permaneció abrumado y taciturno por el descubrimiento; pero tuvo paciencia y discreción para aguardar a que la Flores nos dejara, a petición nuestra, en el Paseo de Gracia, y al despedirnos de ella y de

Enrique Borbón, el "guayabo" exclamó severamente:

—Me figuro que ahora... no negarás que eres Retana.

—No..., ya no puedo negarlo—respondí.

—Lo que yo no comprendo—dijo Tito cuando cruzábamos la Gran Vía Diagonal—es lo que pretendías al ocultar tu personalidad.

—Pues muy sencillo—contesté—. He querido saber que había algunas personas que me estimaban por mí mismo y sin dejarse influír por la aureola que me caracteriza. Me hubiera contrariado merecer tu estimación porque me hubieses creído al mismo desnivel moral que los protagonistas de mis novelas o que tu madre me hubiese acogido fríamente a causa de mi mala reputación. Yo soy para la generalidad del público un monstruo, bello y joven, un atrayente abismo, y sé demasiado que la simpatía y la curiosidad que inspiro son una consecuencia morbosa de mi literatura. Se me juzga una continuación de mis libros, y esto es lo que hace a unos admirarme y a los otros temerme. Yo he pretendido averiguar si hubiera sido lo mismo para vosotros como Alvaro Retana que como Rafael Heredia, y envolverme en un nombre que no fuese tan alarmante como el mío para predicarte el bien con más energía. Por primera vez en mi vida he querido renunciar a las ventajas de mi leyenda abominable y presentarme ante vosotros honorable y obscuro, sin el malsano encanto que irradia mi apellido, y lograr vuestro afecto seguro de que no os dejabais seducir por mi prestigio de artista. En suma: he querido durante unos días huír de mi vida y de ese halo perverso que tanto me agobia y volver a ser el muchachito bueno y bien reputado de antes de lanzarme a la conquista de la celebridad. Verme apreciado en mi verdadero valor y juzgado sin apasionamiento, por mis instintos, corrección y simpatía; ser ángel en lugar de demonio,

abandonar la "posse" y el truco y pensar sólo en mostrarme tal y cual soy: ingenuo y casto, un poco fatigado de haber vivido mucho en poco tiempo, y sobre todo que no tuvieses el derecho de escandalizarte cuando yo me presentase ante ti austero y doctoral.

—¡Cuán lejos estaba yo de imaginar que era así mi novelista favorito!—exclamó el joven contemplándome con ojos cándidos y huraños—. Hubiera preferido seguir creyendo que realmente te llamabas Rafael Heredia, y que Alvaro Retana era otro hombre distinto, de acuerdo con sus obras, libertino y aventurero, en vez del novelista ridículo y gruñón que tengo al lado. ¡Cuando pienso que las primeras lecciones de moral me las ha dado la persona que yo menos podía suponer! Nunca perdonaré a esa maldita Carmen Flores que haya matado mi ilusión tan estúpidamente.

—¿Me querrás ahora menos?—pregunté a Tito emocionado.

—Te querré igual. Pero siempre dudando de si eres sincero o un redomado hipócrita; ignorando si me has aconsejado por virtud..., o porque no te guste.

Embebidos en la conversación habíamos llegado a la calle de Caspe. y antes de atravesar la plaza de Cataluña supliqué a Tito:

—Lo que yo te agradecería es que no le dijeses a Graciela ni a tu madre que soy Alvaro Retana.

—Desde luego—prometió—. Es muy posible que mamá se enfadase si supiese que durante tantas semanas la has estado engañando.

—¡Ha sido una farsa inocente!—observé.

—Pero de todos modos...—replicó Tito.

—¿No me guardarás rencor?

—De ninguna manera. Te quiero lo bastante para perdonarte esta burla, y más después de haber oído tus explicaciones.

—¡Si tú pudieras comprender lo feliz que he sido estos días evadiéndome a los horrores de mi existencia artística!

—No veo esos horrores por ninguna parte. Difícilmente se encontraría alguien que pudiera titularse feliz con más motivos que tú.

—¡Qué equivocado estás, Roberto!—interrumpí—. No hay tragedia más grande que la de los artistas que parecen felices. En el fondo de toda esa dicha aparente, de tanto triunfo clamoroso, no hay sino un desencanto latente y positivo. ¿De qué nos sirve poseer la gloria y el dinero si nos falta el amor? Tú no sabes lo triste que es advertir que las mujeres que se acercan a nosotros lo hacen deslumbradas por el brillo de nuestra fama, con el único objeto de saciar un capricho o de satisfacer su amor propio. Las atrae el fulgor de nuestros éxitos; pero serían incapaces de comprendernos y de amarnos si nos viesen fracasar. Y los amigos son iguales. De adhesión incondicional porque somos los favoritos del momento, y les halaga exhibirse con el torero, el literato o el músico de moda; pero ingratos y desertores si nos viesen enfermos o arruinados. El castigo de los ídolos forjados por el público es que no podemos afirmar que nuestras conquistas amorosas o amicales las hagamos por nosotros mismos, sino por nuestro nombre. De mí puedo decirte que siempre que abordé en la calle a alguna modistilla me he visto rechazado, quizás por parecerla insignificante, y en cambio numerosas mujeres de importancia en el mundo de la galantería o el teatro, han venido a ofrecérseme radiantes jurando que me hallaban irreprochablemente apetitoso. ¿Tú aceptas que se pueda ser feliz desenvolviéndose en un ambiente tan ficticio? Yo, por lo menos, lo confieso ingenuamente, siento que pesa sobre mí como una losa esta celebridad, que tanto apetecí, y sufro la nostalgia de mis

horas de adolescencia, cuando podía asegurar que si una muchachita me decía que *sí*, era por mí y porque me quería de verdad. Ahora tengo muchísimas mujeres, y tan bonitas como nunca las podía esperar; pero me las envían el Ocio, el Egoísmo... o la Casualidad: ¡nunca el Amor! Vienen por unas horas, unos días, y desaparecen con la misma banalidad con que arribaron, una vez realizado su propósito. A ninguna la impulsa el fuego de una noble pasión, que justificaría una entrega. Y los admiradores son lo mismo: vehementes y fugaces, apasionados y volubles; incapaces de realizar un sacrificio. Por eso, entre tanta gente que nos rodea, solemos encontrarnos los artistas *tan solos*, y a pesar del estrépito que promuevan a nuestro alrededor notamos un silencio en nuestra alma que la desgarraría si no nos arrojásemos también a la frivolidad de una existencia bullanguera y mentida. ¿Comprendes, Tito, lo que significabais para mí Graciela y tú? Erais el rayo azul de la ilusión; los amiguitos puros y cordiales de los cuales podía enorgullecerme; el descanso sentimental que me purificaba de mis ratos en los conciertos, alternando con princesitas de la danza y el cupló, que si se muestran complacientes conmigo no es porque yo las interese, sino porque codician mis artículos, mis canciones, mis figurines o mi recomendación para una Empresa, y las decora ser amigas o amantes de un artista de mi renombre. Después de los ensayos en el Edén-Royal, con muchachas ligeras y amigotes triviales, ¡era para mí tan delicioso dejar de ser Retana y convertirme en Rafael Heredia, para pasar el resto de la tarde con vosotros en el "cine", haciéndome la idea de que rectificaba mi existencia! Prefería, a las charlas groseras y banales de las chicas del "cabaret", viciosas y vulgares en su depravación, el candor adorable de Graciela o tu infantil perversidad. Erais el arco iris después de la tormen-



ta, la aurora matinal tras la negrura de la noche... ¡Y todo este poema, romántico y pueril, lo ha destruído Carmen Flores con una inevitable indiscreción! Porque yo sé, Roberto, que no obstante lo que me acabas de decir, nuestra amistad hoy ha sufrido un rudo golpe.

—Te repito que no—garantizó Roberto, oprimiendo mi brazo y sonriéndome con expresión amable.

Pero sus ojos llameaban desmintiendo las frases que salían de su boca.



TERCERA PARTE

I

Como yo lo previne, mi amistad con Roberto resintióse notablemente desde la tarde aquella en que nos sorprendió en el Tibidabo Carmen Flores.

El "guayabo" no dijo nada a su hermana y su madre; mas yo advertía en el muchacho una tendencia a enfriar nuestras relaciones que no me sorprendía, aunque sí me desconsolaba.

El no podía transigir con mi actitud de moralista, sobre todo sabiendo que era el artista libertino cuyas obras simbolizaban el triunfo del pecado independiente y de la aberración más o menos justificada. Yo, para Tito, seguía siendo un sembrador de teorías disolventes, un apóstol de la sensualidad pervertida, y mejor que acompañarme a pasear decentemente o a espectáculos dignos, hubiera preferido que visitásemos Atarazanas, refugio de la gente maleante, o que nos arriesgáramos de noche por los alrededores de Montjuich en pos de una aventura equívoca. Pero yo me oponía a sus planes descabellados y enfermizos, e incluso me negaba a que fuera

conmigo a "music-halls" y "cabarets", afirmando implacable que antes de conducirle a un local ambiguo o presentarle a cocotas y "divettes", prescindiría de su amistad. El sospechaba que las horas que yo pasaba lejos de ellos las dedicaba a la captura de emociones culpables, y que, a pesar de mis vibrantes himnos a la Moral, arrastraba una doble vida que no tenía nada de edificante. Aquella presunción le exasperaba, y cuando comprendió que yo jamás me prestaría a servir sus instintos y que no traspasaría conmigo los umbrales del fumadero de opio del Paseo de Colón, ni los curiosos aquelarres de la Condesa de H., que en su torre de Valdiviera reunía a una concurrencia "indesiderable" y sugestiva, patentizó su descontento en una forma terminante y ostensible.

Su única obsesión era agradarme y hacerme descender de la torre de severidad en que me había confinado, para ofrecerme a él sincero y transparente, dándole la medida de mis verdaderos sentimientos. Aspiraba a descifrar el misterio de mi pasado, a que le describiera mi presente, que él suponía velado por el antifaz de la hipocresía, y que le revelase mis proyectos para el porvenir.

—Tú lo que eres es un farsante—afirmó cierto día.

—Pero, Tito, ¡por Dios!: ¿qué lograría yo con serlo? Soy libre y, como artista, gano lo suficiente para no necesitar de nadie. El público que se divierte con mis novelas, mis músicas o mis figurines, no dejaría de celebrarme porque yo fuese un libertino, y tendería amablemente un velo sobre ms liviandades como los tiende sobre las de otros artistas de cuyo nombre no quiero acordarme. Pues si a nadie tengo que rendir cuentas de mi conducta, si soy independiente y si gano lo suficiente para no necesitar de nadie, ¿me quieres decir qué adelantaría presentándome ante el mundo como un *santo?* ¡Con esto sólo conseguiría



restarme declaraciones amorosas, malograrme aventuras!...

El hermano de Graciela pretendía domar mi altivez y que yo renunciara a mi propósito de edificarle: contemplar mi alma desnuda.

—¡Mi alma desnuda!—exclamé en cierta ocasión al escuchar sus pretensiones—. ¡Pero, nene!, ¿sabes lo que pides? Yo jamás me despojaría totalmente de los velos que la hacen apetitosa. No por rubor, sino por egoísmo. No por miedo a asustar a los demás, sino para no horrorizarme a mí mismo. ¡Mi alma desnuda! ¡Sería la destrucción de mi prestigio! Unos me encontrarían casto, y otros vicioso; resultaría para algunos un desequilibrado, un vanidoso, un mixtificador o un monstruo de vulgaridad. Prefiero danzar ante el mundo como Salomé, con los siete velos que adornan mi alma, y agitarlos de tal suerte que sólo vean lo que a mí me convenga. ¡Mi alma desnuda! ¡Pobre Tito! ¡Para ti estará más vestida que para nadie; porque no estoy seguro de que supieras contemplarla con serenidad! ¡Pero sé razonable! ¡Quizás te defraudara! ¡Vale más que sigas creyendo que te engaño a que franquees el umbral del misterio!

—¡Eres intransitable!

—Por lo menos para ti.

—¿Y por qué he de ser yo quien sufra ese castigo?

—Es una misión que me he impuesto. ¡Quiero salvar tu alma para que Dios salve la mía!

—¡La tuya! ¡Si existiera, menos mal!

—Tienes razón. Quizás yo sea un abismo sin fondo.

—Pero, a pesar de todo, me interesas un horror.

—Te intereso, sencillamente, porque me has hallado difícil.

—Y tú me rechazas porque me has encontrado fácil. Yo me ofrecí a ti ingenuamente desde el primer momento, abriéndote de par en par las ventanas de mi corazón. Esa fué mi torpeza. Por que tú,

ahora, como tienes más experiencia y más talento que yo, puedes, por servir tu amor propio o porque te complazca la *posse* de la virtud, darlas de puritano y rechazarme. En el fondo eres peor que yo; pero has sabido decorar tu superficie con los matices de la honorabilidad. Ahora, que no creo en ella. Para mí siempre serás el artista licencioso al cual hay que juzgar con arreglo a sus obras. Y para mí tu vida será irremediablemente una continuación de tu literatura. Tarde o temprano, serás conmigo franco.

—¡No digas locuras, Roberto!...

—Seré *uno más* en tu lista.

—En todo caso, serías el primero.

—Ni el primero ni el último.

—Me contraría oírte hablar así. Eres incorregible. Conseguirás que te deteste.

—Odio o amor. No admito términos medios.

—¡Hay uno: el silencio! Adóptalo.

—Puesto que tú lo quieres, me callaré.

—Y esta noche, como castigo a las atrocidades con que me has rociado, no saldré contigo.

—¡Ahora comprendo! ¡Es que esta noche tendrás *combinación!*

¡De que buena gana hubiera ahogado a aquella abominable y deliciosa criatura!

Cuando Roberto comprendió que todos sus esfuerzos por descubrir el secreto de la esfinge resultarían estériles, empezó a retraerse, rehusando convites míos y absteniéndose de animar a su progenitora para que me invitase y se creó amistades nuevas: compañeros de hotel e individuos conocidos en la calle de una manera sospechosa, con los cuales tendía a exasperar mis celos. Con diabólica habilidad Tito sabía elegir perfectamente los amigos que más pudieran irritarme, y a veces presentábase en el punto donde habíamos concertado reunirnos escoltado por algún tipo estrafalario, con aspecto de carterista, o de profe-

sional del vicio, a decirme que un plan con aquel "amiguito" le privaba de acompañarme. Y siempre procurando hostilizarme elegantemente, bañándose en la voluptuosidad cruel que le causaba presentir mi furia. Porque yo me reconocía impotente para luchar con aquella criatura frívola y perversa, y Tito, que lo comprendía y adivinaba mi rabia interior, considerándome falto de autoridad para imponerme a él, se desquitaba horriblemente de mi actitud moralizante. Todos mis propósitos, encaminados a atraer al buen camino a aquella oveja descarriada, resultaron estériles, y cuando regresé a Madrid, a finales de junio, ya hacía tres o cuatro días que no veía a los gemelos.



Fuí al hotel a despedirme de la cantante y de sus hijos, y la entrevista con los tres no pudo ser más cariñosa; pero Tito no se privó de atormentarme por sus procedimientos infalibles. El día de la marcha acompañóme a la estación, y en el andén le vi parlamentar, mientras yo sacaba el billete, con un muchacho alto, de porte señoril y correctamente vestido.

—¿Quién es ese gomoso?

—¿Ese? Tu sustituto—y después, convencido del mal que iba a causarme, prosiguió—: Es un chico "bien" que se ha escapado de Granada, donde vivía con su familia, para dedicarse al teatro. *También*

usa nombre supuesto, y está en la compañía de Novedades. Le entusiasman las aventuras policíacas y conoce a ese famoso continuador de *Raffles* que opera en los hoteles de postín, del cual hablaban estos días los periódicos con motivo del robo de un collar de perlas a la duquesa de Murano, en el Palace. Te advierto que a este chico no hay caja de caudales que se le resista, y si él se *dedicara* eclipsara a *Jimmy Samson*.

Yo no quise seguir escuchando el retrato de *mi sustituto*, porque cada palabra de Roberto me producía el efecto de un zarpazo, y despedí a mi novio con un abrazo tierno y fuerte, en que hubiera querido transmitirle la emoción que embargaba mi alma. Y cuando partió el tren sentí mi corazón oprimido por una angustia indescriptible, como si con Roberto perdiese también algo de mí mismo.

El rayo azul de la ilusión se me escapaba, y yo, en aquel instante, adquirí la certeza de que no volvería a amenizar mi vida y ni aun tendría para mí el recuerdo delicado a que me había hecho acreedor por mi conducta.

Porque, efectivamente, instalado en Madrid de nuevo, aunque escribí a los dos hermanos, obtuve unas respuestas tan lacónicas que no me animaron a continuar la correspondencia.

Consideré finalizada mi actuación con los gemelos, a quienes tan intensa y honradamente había querido durante mi corta permanencia en Barcelona, y mis quehaceres múltiples de artista, el desfile de admiradores y curiosos de uno y otro sexo, en constante renovación, y el transcurso del tiempo contribuyeron a apagar la melancólica nostalgia de mi novia y mi novio.

Pero, recientemente, transcurridos dos años de mi aventura con Graciela y Roberto, cuando ya ni remotamente me acordaba de los "guayabos", fuí requerido por mi admirado compañero Ernesto Tecglen para prestar mi ayuda como compositor a una posible estrella del cuplé, que deseaba unas canciones mías para formar el repertorio con que iba a trabajar en Maravillas y Romea. La muchacha en cuestión tenía por amante a un aristócrata rumboso que deseaba presentarla en el mundo varietinesco con fausto inusitado, y cuál no sería mi sorpresa al reconocer en la futura compañera de Raquel ¡a mi ex novia Graciela!

La niña púdica de dos años antes, habíase trocado en una espléndida mujer, de una belleza llamativa y que usaba un lenguaje descocado. Había huído de ella aquel aspecto ingenuo de "pajarito caído de un nido", y aunque, en principio, no me reconoció, cuando haciendo memoria, cayó en la cuenta de que yo *era* Rafael Heredia, sus mejillas se arrebolaron y en sus ojos aparecieron dos lágrimas furtivas. Noté que toda ella se estremecía levemente y que su voz cobraba una inflexión más dulce al dirigirse a mí.

Aprovechando la ocasión de hallarnos solos junto al piano, Graciela murmuró, poniendo en sus palabras una ternura infinita:

—¡Quién me iba a mí a decir que Rafael Heredia era Alvaro Retana!—y en seguida, con voz velada y lánguida—: ¡Cómo te extrañará ver a... tu novia convertida en una horizontal! Pero, hijito, la vida nos reserva unas sorpresas!...

—¿Y... mi novio? ¿Qué es de él?

—¿Tu novio? ¡Pobre Tito! Cuando murió mamá, el año pasado, de un choque de automóvil, yendo con Moliner, que también pereció en el accidente, al ver que nos quedábamos solos y sin recursos, hizo los imposibles por sacarme adelante. Frecuentó peligrosas compañías y se dejó arrastrar por malos consejeros, que le enseñaron a robar en los comercios; pero un día escamoteó una alhaja en una joyería con tan mala fortuna que fué descubierto y conducido a la



cárcel. Y al enterarse de que yo, por librarme de la miseria, me tuve que entregar a un pretendiente de dinero, se suicidó en la celda. ¡Pobre Tito!

—¿Y has podido sobrevivirle?

—¿Qué iba a hacer? La vida hay que tomarla como viene. Lo mejor es vivirla muy de prisa, para no detenerse a meditar sobre nuestro infortunio y prescindir de los fantasmas que puedan recordarnos el pasado...

—Esto quiere decir que no debo volver por esta casa.

—No vuelvas. Te lo ruego. Cada vez que te viese frente a mí, sentiría que Tito renacía en mi corazón. Además, que quisiera ser siempre para ti aquella novia pura de la época en que nos conocimos. Hoy necesito ser una mujer galante, comportarme como una loca, y tu presencia me tornaría a la razón. Yo no sé si serás capaz de comprender lo que pasa por mí. Yo, ahora, sería muy feliz si pudiese llorar contigo un rato, por lo que fué..., por lo que ya no volverá..., y, sin embargo, mi obligación es sonreír y aparentar que estoy contenta. Soy un juguete de placer comprado por un hombre para su distracción, y nadie me perdonaría un acceso de cursilería...

Y como ella lo quiso, no volví. Pero bien es verdad que aun sin su ruego tampoco habría vuelto. Hubiese tenido miedo de oír pasos que resonasen llamando los míos y despertar el eco de las canciones y las risas de mi novia y mi novio, los dos rayos de sol que iluminaron mi existencia durante aquellos días de mi estancia en Barcelona.

Alvaro Retana

Septiembre de 1923.